

PUBLICACIONES
DEL
MUSEO DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA
DE CHILE

SUMARIO:

	Págs.
P. MARTÍN GUSINDE.....	Prólogo: El Museo de Etnología y Antropología de Chile..... 1
DR. AURELIANO OYARZÚN	Estación paleolítica de Taltal..... 19
DR. MAX. UHLE.....	Sobre la Estación Paleolítica de Taltal.—Una carta y un informe 31





Medicina e Higiene de los antiguos araucanos

(Trabajo presentado al Congreso Católico Araucanista de Santiago,
en Diciembre de 1916).

En la historia de nuestro país se ha admitido como verdad indiscutible el error de que los antiguos araucanos, los indígenas del Sur de Chile, permanecieron en un estado rudimentario y primitivo de cultura, hasta que las huestes de los Incas poderosos les elevaron a una civilización superior, difundiendo entre ellos su culto del sol. Descubrimientos recientes atestiguan la falsedad de tal afirmación: nuestros antepasados gozaban de una cultura propia, específica y relativamente desarrollada desde tiempos inmemoriales. De ningún modo negaremos que los estudios lingüísticos y los hallazgos arqueológicos que hasta en Santiago mismo se han hecho, demuestran la evidencia de que no ha habido solamente una pasajera y corta influencia de parte del Perú como centro principal de cultura sudamericana hasta los territorios de los indígenas chilenos, sino un largo y constante contacto de ambos pueblos; y esto no sólo en la última época que representa la cultura atacameña, sino también en períodos remotos de la cultura de Tiahuanaco y Proto-

Nazca (1). Se comprende que de este modo los araucanos se han asimilado muchos elementos de la cultura de sus vecinos del Norte, perfeccionando, por ejemplo, su alfarería y su modo de fabricar tejidos y canastos; sin embargo, conservaron muchos de los elementos típicos de su cultura propia y característica por largo tiempo, hasta que desaparecieron poco a poco por el influjo dominante de una civilización más elevada: fenómeno que siempre se observa, ya que jamás una cultura primitiva puede sostenerse al lado de otra superior. Por consiguiente, juzgamos aventurada la opinión de algunos autores modernos (por ejemplo, de Toribio MEDINA, *Aborígenes de Chile*, pág. 35, 49), quienes afirman que en el territorio invadido y conquistado por los araucanos existía una raza de cultura superior, la cual habrían extirpado los invasores, y que estos últimos, por su parte, no trajeron su propia cultura sino la que habrían adquirido de los Incas. Contradice esta hipótesis—fuera de otros muchos datos de trascendencia—el conocimiento tan profundo y arraigado que tenían los mapuches de toda la flora de la Araucanía, y en especial de las plantas medicinales, conocimiento difícil, que sólo se obtiene con un estudio y observación verificados en largas series de años; especialmente toda la medicina e higiene de los antiguos araucanos constitu-

(1) Véanse nociones detalladas en los trabajos de Max UHLE: *La esfera de influencia del país de los Incas*; Trabajos del 4.º Congreso Científico, vol. XIV, pág. 260. Santiago, 1911. *Die Ruinen von Moche*: Journal de la Société des Americanistes de Paris, tome X, pág. 95-117. Paris, 1913. Además, en: Aureliano OYARZÚN: *Contribución al estudio de la influencia de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile*; Actas del XVII Congreso Intern. de Americanistas, pág. 354, Buenos Aires, 1912.

En STÜBEL y UHLE: *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco*, Berlín, 1892; y Max UHLE: *Pachacamac*, University of Pensylvania, 1903. Finalmente en: JOYCE: *South American Archaeology*, London, 1912.

yen un importante argumento más para probar la individualidad y primordialidad de la cultura araucana, que se había caracterizado y consolidado en sus rasgos peculiares con mucha anterioridad a toda influencia peruana. En ello gravita la importancia del presente estudio.

Los araucanos, por desgracia, no conocían el arte de escribir y todos sus conocimientos y prácticas relativas a enfermedades y plantas medicinales se transmitían únicamente por tradición oral de padres a hijos, y así llegaron su ciencia y práctica adquiridas en aquella materia hasta la época de la Conquista. Los primeros españoles consignaron en libros las ideas y opiniones de los indígenas, siendo esas obras la única fuente fidedigna, en la cual podemos estudiar esta materia. No debe omitirse anotar que aquellos autores escribieron muchas veces sin criterio alguno o siguiendo cierto método en sus relatos; ninguno de ellos adoptó las formas modernas en sus observaciones (1), y además, la preparación y educación

(1) Autores que han iniciado y que siguen el nuevo método (cultural-histórico) en la etnología (die kultur-historische Methode), son los siguientes: ANKERMANN: *Kulturkreise und Kulturschichten in Afrika*; ZEITSCHR. f. *Ethnologie*, tomo 37, Berlín, 1905, pág. 52; ff. Foy: *Führer durch das Rautenstrauch-Joest-Museum*, Cöln. 1908. *Ethnologica*, 2 tomos, Hiersemann-Leipzig, 1909.

GRAEBNER: *Methode der Ethnologie*, Winter-Heidelberg, 1910. *Die Melanesische Bogenkultur: Anthropos IV* (1909), 726. ff. *Amerika und die Südseekulturen: Ethnologica II.* (1913), 43 ff. *Kulturkreise und Kulturschichten in Ozeanien: Zeitschr. f. Ethnologie*, Berlín, 1905.

GÜNTHER: *Ziele, Richtpunkte u. Methode der modernen Völkerkunde*. Stuttgart, 1904. P. Guillermo SCHMIDT S. V. D.: *Die moderne Ethnologie: Anthropos* tomo I (1906) 134 ff. *Die kulturhistorische Methode in der Ethnologie: Anthropos VI* (1911) 1010 ff. *Die Stellung der Pygmäenvölker in der Entwicklungsgeschichte des Menschen*, Stuttgart, 1910. *Der Ursprung der Gottesidee; Münster i. W.* 1912.

SCHURTZ: *Urgeschichte der Kultur*, Leipzig, 1900.

científica de casi todos apenas se levantaba torpemente sobre la mediocridad; mucho menos puede suponerse en ellos conocimientos especiales de medicina. Pero, examinando con tino y criterio sus descripciones y apuntes, se llegará a un resultado satisfactorio; y espero yo evitar errores y equivocaciones, por lo menos en puntos fundamentales, al exponer los datos que apunto más adelante.

No tengo, por cierto, la pretensión de presentar un trabajo del todo propio, sino, en cuanto se pueda, haré hablar a los autores más antiguos, echando mano de los historiadores modernos con cautela; pues los relatos recogidos por ellos de los araucanos de nuestros días no deben aceptarse sin beneficio de inventario, porque ante el extranjero se muestran recelosos por haber sido víctimas preferentes de sus persecuciones desde los tiempos de la conquista hasta el presente. También han cambiado mucho sus ciencias y costumbres por el contacto con la civilización moderna (1).

I

Los Machis: su personalidad y preparación, sus conocimientos y su práctica.

a) LA PERSONALIDAD DE LOS MACHIS.

Desde luego merece ser mencionada la personalidad y casta de los Machis. Está abierta todavía la cuestión de si entre los Mapuches existía la clase de los sacerdotes propiamente tales, separada de la casta de los médicos. Esta opinión parece sustentada por Rosales, Molina y Me-

(1) Compárese P. Guillermo SCHMIDT: *Kulturkreise u. Kulturschichten in Südamerika. Zeitschr. f. Ethnologie*, Berlín, 1913, págs. 1014-1124.

dina; pero, para sostener la distinción de estas dos profesiones, faltan en los escritores antiguos las pruebas suficientes (1); por este motivo me inclino a la opinión del benemérito autor de los *Elementos indios del castellano de Chile*, doctor Rodolfo Lenz, que admite una sola profesión médico-sacerdotal (2), la que servía a la vez para las enfermedades del cuerpo y del alma—fenómeno que es muy general en la Etnología (3).

La tan limitada inteligencia del hombre primitivo busca una explicación para todos los sucesos que observa, apoyándose en el principio categórico de la causalidad; pero no sale por ello de un estado de cierta vacilación e inseguridad, y se acentúa finalmente en él «la tendencia

(1) SALAS distingue tres categorías de médicos araucanos: 1) *Machis*, cuyo cometido era el trato con los espíritus; 2) *Gutarves*, que se ocupaban en las operaciones quirúrgicas; 3) *Ampives*, que eran los herbolarios; pero él no trae ninguna razón para esta su clasificación, tampoco la encuentro yo en los antiguos escritores. Véase también la palabra «Huecuvu», en LENZ, *Diccionario*, págs. 390-391. Compárese además: MOLINA, *Historia Civil*, pág. 181.

(2) En mi viaje por la Araucanía, hace dos meses, enlacé amistad con varios Machis, quienes en nuestras largas conversaciones me negaron redondamente la existencia de dos clases de sacerdotes y médicos.

(3) Merecen especial recomendación para tales estudios las siguientes obras:

RATZEL, *Völkerkunde*, 2 tomos. Leipzig, 1894.

Existe una traducción castellana de la primera edición con el título *Razas Humanas*. Barcelona. 1889.

PESCHEL, *Völkerkunde*. Leipzig, 1897.

HOERNES, *Natur und Urgeschichte des Menschen*, 2 tomos. Wien, 1909.

BIRKNER, *Rassen u. Völker der Menschheit*. Berlín, 1913.

THOMAS, *Source book for social origins*. Chicago, 1909.

WEBSTER, *Primitive Secret Societies*. New York, 1908.

KEANE, *Ethnologie*. Cambridge, 1900.

KEANE, *Man past and present*. Cambridge, 1900.

DENIKER, *Les races et les peuples de la terre*. París, 1900.

de presentarse bajo forma concreta y animada todos los fenómenos y acontecimientos de la naturaleza, atribuyéndoles alma y espíritu, que no sólo son la causa de los cambios sucesivos de los fenómenos naturales sino que a la vez extienden su influencia directa e indirecta sobre todo objeto que esté a su alcance» (Ratzel, I, p. 39). En otras palabras: la personificación de los fenómenos observados en la naturaleza es la más sencilla explicación que satisface el sentir del hombre primitivo. Con esta afirmación no me adhiero de ningún modo al animismo de Tylor y Max Müller; por el contrario, decididamente me declaro partidario de Andrew Lang y demi recordado maestro el P. Guillermo Schmidt (1), sabios que admiten que la fantasía de los pueblos inferiores sólo en parte personifica la naturaleza, suponiendo para la explicación de algunos fenómenos naturales influjos mágicos; así es que, bajo casi todo lo visible se oculta, según la convicción de aquellos pueblos, un ser animado, sea hombre o alma de un difunto; sea hechicero o espíritu maligno. «El hombre primitivo y toda asociación individual de ellos no conoce otra norma y criterio en sus apreciaciones que el propio yo; por consiguiente, considera todas las eventualidades a las cuales se ve expuesto, como manifestaciones favorables o desfavorables de seres conscientes, sometidos además a todas las pasiones y accesibles a ruegos, donativos y cohechos... En este sentido le parece animada toda la naturaleza y se cree con poder de tener influjo sobre ella» (Schurtz, p. 554).

(1) Véase P. W. SCHMIDT S. V. D., *Ursprung der Gottesidee* =[Origen de la idea de Dios]. Münster i. W. 1912. En esta obra el autor se ocupa muy detalladamente de la teoría de A. LANG [págs. 105-411]. Fué publicada primeramente en *Anthropos*, tomo III (1908) y apareció una edición nueva en 1912, que fué traducida al francés hace 4 años.

Este sentimiento de dependencia de la naturaleza y de sus fuerzas se acentúa por la unión y comunicación dudosa entre los vivos y los muertos de una misma tribu o raza: pues también los muertos intervienen de manera extraordinaria y eficaz en los asuntos de los vivos, de tal modo que «todos los sucesos guardan alguna relación con un influjo mágico, cada percance, cada fenómeno inexplicable, cada enfermedad se interpreta según esta convicción» (Schurtz, p. 555).

Todo aquello constituye la base y el cimiento de las instituciones sacerdotales; pues son los sacerdotes quienes disponen de medios eficaces contra las fuerzas enemigas de la naturaleza y contra los influjos desfavorables de los espíritus, como asimismo pueden sosegar a los demonios irritados y obligar a todas las fuerzas ocultas de la naturaleza a prestar su concurso beneficioso. Por consiguiente, él que ve en el sacerdote de pueblos primitivos sólo un farsante y ridículo embustero, no conoce la idiosincrasia y la psicología de aquellos pueblos, ni comprenderá tampoco la posición social de la clase sacerdotal. Pues no cualquier individuo de la tribu puede revestirse con los atributos de sacerdote y médico; muy al contrario, se exigen en él ciertas disposiciones y aptitudes, por medio de las cuales debe conquistarse la confianza de su tribu, y de estas cualidades depende todo el éxito de su actuación. «En lo fundamental deben ser disposiciones innatas, por decirlo así, que por penosos ejercicios y adecuada educación desarrollan y perfeccionan, sobre todo la facilidad de caer en éxtasis, como igualmente otros rasgos patológicos». (Schurtz, p. 145). Conseguido esto, le reconocen y respetan todos su carácter sacerdotal; es el consejero del caudillo como del más humilde de la tri-

bu, es el salvador y protector en la desgracia; ven en él al depositario de las tradiciones y creencias de su pueblo y al representante de su cultura moral e intelectual; sin duda alguna se concentra en él, muy a menudo más que en el caudillo mismo, toda jurisdicción política y religiosa de su tribu. Pues bien, ya que a él sólo se atribuye poder sobre demonios y espíritus malignos, por consiguiente también sobre los que son considerados causantes de enfermedades, se comprende fácilmente que con mucha razón una sola persona desempeñe a la vez las funciones de sacerdote y médico.—A esta ley universal y psicológica del desarrollo del poderío y de la jurisdicción del sacerdocio entre los pueblos primitivos no podían sustraerse los mapuches; y considero lo antedicho necesario para dar a entender que también entre ellos una misma persona se encargaba de las funciones de sacerdote y médico y que el pueblo se adhería a ciegas a las diagnósis, las curaciones y las explicaciones que daban los Machis en caso de enfermedades.

Para volver al tema que nos hemos propuesto desarrollar, faltaría agregar que los antiguos araucanos no estaban bajo un dominio monárquico y absoluto como sus vecinos del Perú en tiempo de los Incas, sino que toda la raza se subdividía en tribus, cada una bajo su cacique y su Machi, persona tan característica que de él hablan todos los historiadores del tiempo de la Conquista. Su posición era privilegiada, usaba vestiduras distintivas, vivía solitario y separado de los miembros de la tribu, y de vez en cuando se retiraba en cavernas para dedicarse a prácticas ascéticas. Se consultaba al Machi en todas las necesidades, él era el oráculo que todos escuchaban con veneración y respeto, él decidía la paz y la guerra, él pedía

lluvia para los campos, a él acudían todos esperando socorro en epidemias y enfermedades, y, finalmente, era el medianero entre los hombres y los demonios. (Rosales I. p. 135, 167 ff. Ovalle p. 327. Olivares p. 54 ff. Molina p. 181 ff. Nájera p. 99. Havestadt p. 671. Guevara: Civilización p. 235. Ruiz Aldea p. 57 ff., etc.).

Para entrar en detalles, referiré en primer lugar lo que Núñez de Pineda llegó a saber en una conversación con su amigo el cacique Quilalebo: «Habéis de saber, Pichi Álvaro amigo, que en los tiempos pasados (más que en los presentes) se usaban en todas nuestras parcialidades unos *huecubuyes*, que llamaban *renis*, como entre vosotros los sacerdotes; éstos andaban vestidos de unas mantas largas, con los cabellos largos, y los que no los tenían, los traían postizos, de cochayuyo o de otros géneros para diferenciarse de los demás indios naturales; éstos acostumbraban estar separados del concurso de las gentes, y por tiempos no ser comunicados, y en diversas montañas divididos, adonde tenían unas cuevas lóbregas en que consultaban al *pillán* (que es el demonio), a quien conocen por Dios los hechiceros y endemoniados machis (que son los médicos). Éstos, como os he dicho, por tiempos señalados estaban sin comunicar mujeres ni cohabitar con ellas». (*Cautiverio feliz*, p. 361-362) (1). Al mismo Núñez de Pineda se ofreció la ocasión de observar muy de cerca

(1) No es el momento de entrar en detalles sobre las ideas religiosas de los araucanos, especialmente sobre los conceptos que tenían del Pillán y de los demonios; tengo que remitir al lector a la obra de P. Félix de Augusta: *Lecturas Araucanas: Averiguación histórica sobre las ideas religiosas de los araucanos y sus manifestaciones culturales*; (pág. 231 ff. Valdivia 1910), tratado en el cual compendia todo lo referente a esta materia.

a un Machi y nos refiere sus impresiones en estos términos: «Parecía (el hechicero machi, «que así llaman a estos curanderos»)... un Lucifer en sus facciones, talle y traje, porque andaba sin calzones, que éste era de los que... llaman *hueyes*...; traía en lugar de calzones un *puno*, que es una mantichuela que traen por delante de la cintura para abajo, al modo de indias, y unas camisetas largas encima: traía el cabello largo, siendo así que todos los demás andan trenzados, las uñas tenía tan diformes, que parecían cucharas; feísimo de rostro, y en un ojo una nube que le comprendía todo; muy pequeño de cuerpo, algo espaldado, y rengo de una pierna, que sólo mirarle causaba horror y espanto: con que daba a entender sus viles ejercicios». (*Cautiverio feliz*, p. 158-159). En otro lugar, el mismo autor nos traza otro retrato exacto de estos Machis afeminados. Fuera de que no vestían traje de varón sino otro muy semejante al de la mujer, «usan el cabello largo. ... se ponen también sus gargantillas, anillos y otras alhajas femeniles, siendo muy estimados y respetados de hombres y mujeres, porque hacen con éstas el oficio de hombres y con aquellos de mujeres»... y a éstos les llaman «*hueyes*, que en nuestro vulgar son nefandos... y... que entre ellos se tienen por viles, por acomodarse al oficio de mujeres». (*Cautiverio feliz*, p. 159 y 107) (1). Este hecho nos revela el nivel tan bajo de la moral de los pueblos primitivos que las personas a quienes su cargo impone el deber de vigilar por la moralidad abusan de sus privilegios y de su posición para asegurarse la impunidad de

(1) Véase LENZ, *Diccionario*, la palabra «*hueye*», pág. 398. Hay una estación: *Hueyelhue* (lugar de sodomía) en el departamento de Valdivia

sus vicios abominables (1). Séame permitido aquí llamar la atención sobre la institución singular de sacerdotisas que se encuentra con bastante frecuencia entre pueblos inferiores: «logran ellas de vez en cuando influjo grande y decisivo; así que, cambian y mejoran de este modo la condición y posición social de la mujer» (Schurtz, p. 146). Entre los araucanos aparecieron Machis sacerdotisas en tiempo relativamente moderno, institución que probablemente no remontará a las épocas anteriores a la Conquista (2).

(1) «La lengua identificaba con la palabra *hueye* a los que practicaban la pederastía. La inversión sexual ha existido siempre entre los araucanos. Ha sido un vicio constituido en costumbre y no clasificado entre los hechos perjudiciales que atentan a los intereses de la comunidad. Pero en ocasiones muy limitadas se ha presentado fuera del gremio de los *machis*». (GUEVARA, *Psicología*, pág. 240).

(2) Y en el curso de las últimas cuatro centurias desde la Conquista hasta el presente, no ha decaído en nada la magia médica. Siguen practicándola los Machis, y ellos solos, aunque, al contrario de épocas anteriores, hoy en día predomina en absoluto la Machi-mujer en el ejercicio del machismo.

El *Machi* parece fuera de moda y son pocas las reducciones araucanas en las cuales se mantiene todavía—le he visto por ejemplo, en los alrededores de Cofaripe y de Boroa, también al Este de Temuco,—no ha perdido nada de su influjo, pero el sexo femenino practica a la vez en el mismo pueblo. Él sigue, además, en la acostumbrada inversión del sentido sexual, lo cual se comprueba por su modo de vestirse y por la preferencia que da a alhajas y adornos femeniles.

«La *Machi* es la persona que en el día figura en primer término en el personal de operadores mágicos. Revestida de la dignidad de curandera y encantadora, goza entre los de su raza de una consideración cercana al temor supersticioso. Es un miembro del grupo que posee el privilegio de comunicarse con los espíritus, curar las enfermedades por sortilegios y prevenir los desastres de la comunidad. Tiene todos los caracteres del mago... Aunque de ordinario casada, su existencia parece envuelta en cierto misterio, vive más retraída que el común de la gente, frente a su

b) LA PREPARACIÓN Y EDUCACIÓN DE LOS MACHIS.

Ya conocemos la personalidad y las atribuciones de los Machis; falta hablar de la manera cómo se preparaban para asumir y ejercer su oficio, porque era un factor poderoso para explicar el ascendiente que alcanzaban entre los suyos y la confianza ciega que les merecían. Copiaré las descripciones que da Rosales en el capítulo XXX. «Lo

habitación se halla plantada la tosca figura de madera que suele usarse en algunas ceremonias y simboliza sus operaciones mágicas; una bandera blanca en la puerta de su hogar indica al viajero que allí reside quien tiene en su poder la salud de los hombres y el secreto de los genios irresistibles. La posesión de amuletos y talismanes que preservan de influencias maleficiales y cambian la naturaleza de las cosas, le da mayor ascendiente entre los que benefician sus conocimientos. Cuida en el bosque un canelo predilecto, cuyas ramas y hojas emplea en la curación de los enfermos y a veces en las ceremonias a que concurre. Si alguien descubre y corta esta planta, *la machi* languidece y seguramente muere. Como en muchos pueblos inferiores, extrae por absorción el cuerpo venenoso o el animal que corroe las entrañas de la víctima. En las fiestas religiosas y en las operaciones curativas, sirve de intermediaria entre los hombres y los espíritus bienhechores. Cae en estos actos en un éxtasis espontáneo, durante el cual los espíritus toman posesión de su cuerpo y le revelan los pormenores de la enfermedad o le anuncian la próxima lluvia.—Obra de buena fe, por autosugestión e imitando lo que se ha hecho tantas centurias antes de ella; sus alucinaciones son las mismas de la sociedad beneficiada con su magia. Sus manipulaciones ejercen en el público una acción considerable: muchos de los que han estado bajo la influencia de sus encantos, créense sanos y libres de hechizos mortales. El alma individual de *la machi* trasparenta el alma colectiva de la raza.» (GUEVARA, *Psicología*, p. 245). He aquí una relación sucinta de la posición social y del influjo, de la personalidad y del arte mágico de la machi.

Puedo confirmar lo antedicho con mi propia experiencia, pues concuerda bien con mis observaciones. Falta agregar que el influjo de la Machi ha tomado tan vasta extensión a causa del gran aumento de la brujería en las épocas recientes.

más que enseñan a sus hijos y a sus hijas es a ser hechiceros y médicos, que curan por arte del diablo, y a hablar en público y a aprender el arte de la retórica para hacer parlamentos y exhortaciones en la guerra y en la paz. Y para esto tienen sus maestros y su modo de colegios, donde los hechiceros los tienen recogidos y sin ver el sol en sus cuevas y lugares ocultos, donde hablan con el diablo y les enseñan a hacer cosas aparentes que admiran a los que las ven, porque en el arte mágica ponen todo su cuidado, y su grandeza y estimación está en hacer cosas que admiren a los demás, y en eso se muestra el que es más sabio y ha salido más aprovechado de los estudios. El hechicero que los enseña los gradúa a lo último, y en público les da a beber sus brevajés, con que entra el demonio en ellos, y luego les da sus propios ojos y su lengua, sacándose aparentemente los ojos y cortándose la lengua y sacándoles a ellos los ojos y cortándoles las lenguas. Hacen que todos juzguen que ha trocado con ellos ojos y lengua para que con sus ojos vean al demonio y con su lengua le hablen, y metiéndoles una estaca aguda por el vientre se la saca por el espinazo, sin que..... (ininteligible) dolor ni quede señal. Y así con éstas y otras apariencias quedan graduados de hechiceros y ordenados de sacerdotes del demonio.—Y luego hacen pruebas y curan los enfermos, que siempre dicen que lo están de bocado (=están envenenados)... Y de estas apariencias de el demonio e ilusiones de la vista están todos admirados y el médico queda con grande opinión de sabio, y gana con el oficio, porque de todas partes le llaman y le pagan con gran liberalidad... En estos embustes e ignorancias se funda la ciencia que aprenden estos médicos». (Rosales, I. p. 168-169). Parece un hecho singular y sor-

prendente que los araucanos con tan vivo interés impulsaron a sus hijos a aprender el arte de Hipócrates; pero esto se comprende fácilmente por las ventajas que resultaron para los padres mismos de aquellos niños si se hacían Machis influyentes, sin olvidar la posición social y las pingües rentas de que gozaban. Consecuencia lógica era que nuestros indígenas rodeaban la educación de los Machis de un misticismo impenetrable, y debían los aprendices practicar y prepararse al lado de sus maestros una larga temporada y pasar por una minuciosa iniciación, para aprender su oficio y para graduarse; pues toda la actuación de un Machi gravitaba en la magia y en el hipnotismo sugestivo (1). Y como la magia tiene por base

(1) Thomas desarrolla en estos términos el argumento psicológico y la explicación de la fe ciega en los resultados que se obtienen casi infaliblemente por estos influjos mágicos. «The fatal flaw of magic lies not in its general assumption of a succession of events determined by law, but in its total misconception of the nature of the particular laws which govern that succession. If we analyse the various cases of sympathetic magic... we shall find them to be all mistaken applications of one or other of two great fundamental laws of thought, namely the association of ideas by similarity and the association of ideas by contiguity in space or time. A mistaken association of similar ideas produces imitative or mimetic magic; a mistaken association of contiguous ideas produces sympathetic magic in the narrower sense of the word. The principles of association are excellent in themselves, and indeed absolutely essential to the working of the human mind. Legitimately applied they yield science; illegitimately applied they yield magic, the bastard sister of science. It is therefore a truism almost a tautology, to say that all magic is necessarily false and barren; for were it ever to become true and fruitful, it would no longer be magic but science. From the earliest times man has been engaged in a search for general rules whereby to turn the order of natural phenomena to his own advantage and in the long search he has scraped together a great hoard of such maxims, some of them golden and some of them mere dross. The true or golden rules constitute the body of applied science which we call the arts; the false are magic.» (THOMAS: *Source book*, pág. 664).

la creencia de que uno, por un régimen de vida especial, por fórmulas cabalísticas y ritos místicos, y por el trato supuesto con los espíritus, puede hacerse dueño de fuerzas sobrenaturales y misteriosas para disponer de ellas a su antojo y para producir efectos estupendos que traspasan los límites de lo natural; por consiguiente, el aspirante debe formarse en una escuela secreta y allá en el trato y bajo la vigilancia de preceptores experimentados habilitarse para poder llenar más tarde su cometido. Luego se explica también, que los hechiceros que vivían en las cuevas de las montañas, fuesen los preferidos para la enseñanza, porque «en las soledades y ante la ermitaña figura del indio iniciado, encontraban más solemnes y misteriosas las absurdas mistificaciones» (Ferrer, p. 21) (1). Naturalmente, la opinión y el concepto en que una tribu tenía a su Machi, dependía exclusivamente de la habilidad que desplegaba, y recíprocamente, éste debía contar con la absoluta confianza de los suyos, como elemento principal e hipnotizador para alcanzar éxito, especialmente en curaciones. Según la convicción de los araucanos, el Machi, habilitado por una preparación especial durante largos años, mantenía íntimas comunicaciones con los espíritus, y por eso estaba en condición de llegar a saber con toda seguridad quiénes de ellos habían causado algún daño; con este conocimiento podía fácilmente negociar y tratar con ellos, para aplacar su cólera y hacerles desistir de sus intentos. Ofuscada la fantasía y empapada en tales ilusiones, era fácil para el Machi pro-

(1) ¿Quién no conoce en nuestra Araucana aquellas fantásticas octavas que describen la imaginaria cueva del famoso hechicero Fitón? (ERCILLA, *Araucana*, canto XXIII, pág. 374 pp.)

ducir por sola sugestión una curación en caso de una enfermedad leve y de aliviar, transitoriamente siquiera, al enfermo en sus dolores graves. Y para él, que escudriñaba a los demonios, debía ser más fácil todavía darse cuenta de la influencia perniciosa que un hombre podría haber ejercido sobre otro y designar al autor de las desgracias. Tal era la fe recíproca que se tributaban mutuamente Machi y tribu. Conviene recordar aquí que, sin embargo, entre los araucanos el Machi no se identificaba con el brujo; pues «las supercherías de los Machis las atribuían los indios a la intervención del Pillán» (Ferrer, p. 23), mientras la actuación de los brujos se reducía a simple brujería (2). Con celo trataban pues los sacerdotes de inculcar en la muchedumbre la convicción de que sólo ellos, los iniciados en la ciencia y en las prácticas heredadas de sus antepasados, podían obtener de los espíritus los privilegios y las cualidades de que gozaban, tachando de brujería maligna cualquiera intervención de parte de uno que no pertenecía a su casta.

(2) «Según ellos, la tierra está poblada de brujos, *calcu*, a quienes nadie conoce. Celebran sus reuniones en cuevas ocultas de algunos cerros, cuyas puertas se hallan vigiladas por un culebrón y un cabro encantados. Allí se entregan a las fiestas ordinarias del mapuche: borra-cheras, juegos de chueca y carreras de caballos, y acuerdan las personas que deben morir... Hasta hace poco, descubierto un brujo y probado su oficio de tal, el cacique de la reducción lo condenaba a muerte» (GUEVARA, *Historia*, pág. 240). Otro autor antiguo dice a este respecto: «La brujería es, entre estos indios, uno de los delitos más abominables y él que castigan más cruelmente... Los Machis, pues, siguiendo su sistema, cuando ven o que no pueden por su ignorancia o por la fuerza grande del mal, sanar los enfermos que les han puesto en sus manos, atribuyen la enfermedad a hechicería o veneno a que no alcanzan los remedios» (GÓMEZ, I, pág. 325). Compárense también las observaciones sobre los brujos en MUSTERS, pág. 279.

Terminado el período de iniciación con su misticismo y sus secretos clandestinos, celebrábase una ceremonia pública en la tribu; el neófito bebía los brebajes que le presentaba su preceptor, se simulaba un cambio de ojos y lenguas entre los dos y desde este día quedaba reconocido y autorizado el nuevo Machi para el ejercicio del arte de curar y era recibido en el gremio de los adeptos. Debía, en primer lugar, pensar en formarse ambiente y cimentar su reputación, sin miramientos de ninguna clase, y si no podía ser de otra manera, hasta con grave perjuicio causado a otros; pues, si por ejemplo, no atinaba a socorrer eficazmente en una enfermedad o si no sabía dar una explicación satisfactoria de algún hecho, o «si uno muere de una enfermedad natural, cuando van a preguntar al hechicero de qué murió o quién le mató, echa la culpa a alguno para que le maten violentamente y se venguen, de que suelen resultar grandes desórdenes» (Rosales, I, p. 169) (1). Arma más infame contra un adversario jamás puede hallarse, que la de entregarle y condenarle a muerte, designándole autor de una enfermedad o de una desgracia de otra persona. ¡Sostenerse en su posición con todos los medios posibles, era principio fundamental, que, aprendido en su noviciado, sabían poner en práctico! (2).

(1) Esto explica las disposiciones rigurosas de los españoles contra los Machis. En las actas del Cabildo del 2 de Enero de 1552 leemos: «En este dicho día, en el dicho Cabildo... el procurador de esta ciudad... presentó una petición con ciertos capítulos... Lo otro, que vuestras mercedes manden, que cada seis meses del año, vaya un juez de comisión para visitar la tierra sobre los hechiceros que llaman *hambicamayos*, dándole comisión para castigarlos con todo rigor de derecho; pues es público y notorio los muchos indios e indias que por los pueblos de los indios se hallan muertos mediante éstos». *Actas del Cabildo*, t. I, pág. 287.

(2) También la *Machi* tiene que pasar por una especie de noviciado; pues ella «tiene todos los caracteres del mago, y para su iniciación

c) LOS CONOCIMIENTOS Y LA PRÁCTICA MÉDICA DE LOS MACHIS.

Difícil, pero importante, es la indagación de los conocimientos de medicina y anatomía que poseían los Machis (1). Ciertamente ignoraban en absoluto las verdaderas causas de las enfermedades; observaban solamente las manifestaciones directas del malestar, es decir, los síntomas, y atribuían estas alteraciones de la salud a algún veneno infiltrado (2), a los insectos (3); la muerte

requiere su aprendizaje largo, de tres años por lo menos, en las fórmulas del ritual, en las manipulaciones diversas, lenguaje cabalístico, danza y música sagradas y arte de insinuarse los espíritus para alcanzar su benevolencia» (GUEVARA, *Psicología*, pág. 246).

(1) Mención merecen las *Canciones de Machi*, por P. FÉLIX DE AUGUSTA, porque ilustran la psicología y el carácter del Machi de nuestros días, que esencialmente no se distingue en nada de los adeptos antiguos de su gremio. Dice el distinguido autor en la introducción: «Se da el nombre de machi o filen a ciertas personas indígenas—de ordinario son mujeres—que desempeñan el oficio de curanderos, y cuya arte se apoya en la suposición de que todas las enfermedades interiores son producidas por un mal influjo misterioso». (P. FÉLIX: *Lecturas Araucanas*, págs. 353-377). Otro *Canto del Machi* se encuentra en: LENZ, *Estudios Araucanos*, pág. 416. Véase también: CAÑAS, *Estudios de la lengua veliche*, pág. 295 ff.

(2) Lo atestiguan muchos autores, de los cuales citaré sólo los dos siguientes: «Jamás juzgan estos naturales que salen de esta vida para la otra por ser natural la muerte, sino es por hechicerías o por bocados que se les dan los unos a los otros con veneno, a cuya causa acostumbran consultar a los curanderos machis» (BASCUNÁN, *Cautiverio feliz*, pág. 157).—«Si bien confiesan la inmortalidad del alma, tienen entendido que no moriría ninguno, si no le matasen con heridas o yerbas, y por eso se persuaden que todos los que mueren—aunque sean de enfermedades—es, por haberles dado enemigos suyos ponzoña» (NÁJERA, pág. 102).

(3) «Su principal sistema consiste en asegurar que todos los males

natural, de ningún modo la contaban entre las posibilidades. Concedido que sabían nombrar e interpretar algunos indicios de enfermedad, por ejemplo, las fatigas, los vómitos, el delirio, la fiebre, y que según Molina, tenían «buenas nociones del pulso y de las demás señales diagnósticas» (Molina, p. 181), sin embargo, no sabían relacionar tales síntomas con la respectiva enfermedad, ni tampoco darle su verdadero alcance.

Sin duda alguna, la *cirugía* era su especialidad. Ya que vivían las tribus en guerras apenas interrumpidas, se ofrecía constantemente la ocasión de practicar el arte médico; lo más frecuente eran lesiones exteriores e interiores de toda clase, como igualmente envenenamientos, producidos por las flechas u ocasionados por enemigos personales y brujos; de manera que, en poco tiempo, se perfeccionaban en la medicina externa, incluso diagnóstico y tratamiento. Poseían hasta cirujanos especiales durante el tiempo de la guerra, los llamados *gutaves* (1),

contagiosos provienen de los insectos, opinión ya seguida de muchos médicos en Europa. Por cuyo motivo a las epidemias dan en general el nombre de *cutampiru*, que es decir enfermedades vermiculares o de gusanos». (MOLINA, *Historia Civil*, pág. 181).

(1) El sustantivo *gutave* se deriva del verbo *gutaru*, *gutarcún*=conceratar o alinear huesos quebrados o amarrar apretando (FEBRÉS, pág. 502). Tales operaciones eran las más comunes y una especialidad en tiempo de guerra, y así se comprende que los Machis fueron denominados según este su ejercicio principal. No hay, pues, por que recurrir a una casta especial de gutaves, separada del gremio de los Machis. Además, esta palabra gutave (o gutarve) falta en los diccionarios del P. FEBRÉS y del P. FÉLIX.

Tampoco es correcto distinguir en el antiguo Arauco entre los verdaderos Machis y una clase de anátomo-patologistas. Molina refiere que estos últimos eran conocidos con el nombre de *cupove*, que quiere decir: anatomista. Abrían los cadáveres para hacer el diagnóstico *post mortem* de la enfermedad. Esos médicos, llamados *cupoves*, del verbo *cupón*=ana-

quienes curaban especialmente fracturas, dislocaciones, heridas, etc. Usaban frecuentemente lavados con infusiones, cocimientos y jugos de plantas en la curación de heridas causadas por armas y por accidentes, en erupciones, inflamaciones, tumores, etc. «Los abscesos los abrían con una piedra afilada... chupando la pus con la boca y lavando la cavidad con agua fría para rellenarla después con hierbas machacadas.—Aliñaban las luxaciones y fracturas, colocando inmovilizado el miembro dañado y rodeándolo de una pasta de hierbas sujeta con las hojas grandes y pajas de algún tejido.—Las cicatrizaciones de las heridas eran relativamente rápidas, siendo raras las gangrenas» (Ferrer, p. 54). Con maestría ejecutaban la sangría, practicándola con una delgada punta de un pedernal puesto en el extremo de una varilla; y restañaban la sangre en el momento que les parecía conveniente, colocando hierbas astringentes sobre la herida. Era ésta una «práctica corriente entre los indios», según el P. Valdivia.—Resumiendo lo expuesto, no cabe duda, que en la cirugía vieron coronados sus esfuerzos muy a menudo con buenos éxitos. Ciertamente es que con sus conocimientos limitados no podían ahorrar a veces crueles padecimientos a sus clientes, equivocándose en el tratamiento y en la aplicación de remedios. Así se explican los términos con

tomizar, infatuados del machismo, abren los cadáveres para demostrar las entrañas, que dicen están contagiadas del veneno mágico» (MOLINA, pág. 183). Ya que faltan otros datos suficientes para establecer una diferencia entre las dos profesiones de Machi y cupove, es casi seguro que los cupoves no eran sino unos Machis que ocasionalmente practicaban la autopsia, y por eso la gente les daba el nombre que correspondía a esta su práctica. El verbo *kepon*=destripar (P. FÉLIX, *Dicc.* I, pág. 87); el sustantivo *cupove*, derivado de este verbo, no se encuentra en los diccionarios.

que califica Martínez de Bernabé el proceder de los Machis: «La cirugía de los indios no toca los términos de la compasión, es carnicería cruel; se mutilan miembros, se curan heridas, se atajan gangrenas, se evacuan postemas y se sanan agudas enfermedades, sin que la farmacopea se conozca, sin que la física se estudie, sin que la pulsación se alcance y sin que la botánica se alambique».

En especial nos debe sorprender el caudal de profundos y detallados *conocimientos de las yerbas medicinales*, ciencia que los Machis habían profundizado hasta llegar a descubrir en qué parte de cada planta reside su virtud curativa; y para aprovecharse eficazmente del específico, usaban ora las raíces y tallos, ora las hojas y flores, ora los mismos frutos. Preparaban de este modo diferentes remedios, medicinándose «con unturas, lavativas, cataplasmas, bebidas de cocimiento de yerbas en que tienen grandes conocimientos» (Carvallo, p. 164) (1). Como ya mencionamos, aplicaban a las heridas vegetales astringentes para impedir abundante derrame de sangre; lavaban las heridas con infusiones y cocimientos de yerbas,

(1) «Las yerbas medicinales que poseían los naturales llamaron tanto la atención de los franceses que llegaron a Penco en el navio *Principe de Condé* que, dándole noticia a su soberano, éste se dirigió a la Corte de Madrid, pidiendo se le enviaran semillas, de las cuales se le remitieron de 120 clases» (PÉREZ GARCÍA, *Historia de Chile*). Sucedió esto en 1711. Bastante grande es el número de expediciones científicas durante el siglo XVIII; me restrinjo a enumerar sólo las principales, que son las de Louis Feuillé (1709), Frezier (1712), Antonio de Ulloa (1744), Ruiz y Parvón (1777), en que tomaron parte los notables botánicos Dombey, Luis Née, Thaddaeus Haenke, Xuares. JUAN IGNACIO MOLINA publicó su obra *Saggio sulla historia naturale del Cile* en Bologna en 1776. Otros datos sobre la exploración de la flora de Chile se encuentra en C. REICHE, *Grundzüge der Pflanzenverbreitung in Chile*, págs. 225. Engelmann-Leipzig. 1907.

recetaban gárgaras, y finalmente disponían y empleaban numerosos soporíferos y sudoríficos, purgantes y narcóticos, etc. (1). También sometían las partes dolorosas a diferentes *masajes* y fricciones, ya sea con un dedo o con la mano entera; a veces restregaban las partes enfermas por medio de un hueso grande de lobo marino; además, hacían mucho uso de lavativas, sirviéndose de vejigas animales para suministrarlas.

Pero uno de sus recursos más poderosos para combatir las dolencias corporales eran *las aguas minerales* y las fuentes calientes, que abundan en todo el país, las cuales, según las condiciones que reunían, destinaban para baños, gárgaras o bebidas. Muy al caso vienen las palabras de Rosales: «Sólo haré mención de algunas (=fuentes) que son provechosas para la salud y cuyos buenos efectos se han comprobado con varias experiencias. A cuatro leguas de la ciudad de Santiago, hacia el Sur, en la estancia que llaman el Principal de Córdoba, mana un caño de agua caliente muy medicinal para los tullidos y enfermos de la perlesía. Ocho o diez leguas más arriba, entrando por las quebradas del río Cachapoal, se desata otra fuente de agua caliente: hay muchas experiencias que aprovecha para evacuaciones más que una purga laxativa, y sana las bubas y males de encogimientos de cuerdas y frío. Llámense comúnmente los baños de Rancagua por el pueblo de indios que está allí cerca y el valle llamado así, y son los más célebres y frecuentados de los enfermos por las experiencias de los que de ellos han vuelto sanos. No lejos de la ciudad de Chillán, en 36 grados, a

(1) Datos valiosos sobre plantas y drogas medicinales da también FALKNER en su obra *Descripción de la Patagonia*, pág. 50.

la falda de la Cordillera, hay otros baños de la misma calidad y virtud, donde acuden los enfermos de aquel contorno: que en todas partes puso el tutor de la Naturaleza en este Reino botica en los árboles y en las yerbas medicinales y enfermería donde sanen los incurables en los baños. Subiendo adelante, en 41 grados y medio, cerca de la laguna Llobén, nace un manantial de agua caliente que limpia la lepra y sana de otros males contagiosos. A poca distancia, en el país llamado Mageuy-labquen, salen dos fuentes: la una de agua hirviendo a borbollones, que no la pueden sufrir los que entran dentro por espacio de cinco minutos, y la otra de agua tan fría como un hielo... Entre todas estas fuentes merece eminentemente lugar el manantial de agua caliente de Bucalemo... porque sus aguas son muy salutíferas y han sanado a muchos enfermos de grandes dolencias. Y puedo decir de mí que me dió la vida en ocasión que me estaba muriendo...» (Rosales, I, p. 251-252) (1). Molina también califica las aguas de Cauquenes «calidísimas y en extremo frías, o ácidas, marciales, simples o alcalinas, como también piritosas, como las de Pisa, y aun vitriólicas o neutras. La fuente principal es sulfurosa, cálida, como lo indica de su olor, el *fegato*, y las flores amarillas de azufre que se forman alrededor de ella, a más de lo cual se descubre una materia alcalina o un poco de sal neutra» (2). Huelga advertir que principalmente los mismos Machis estaban bien informados sobre las numerosas fuentes y

(1) Del mismo asunto trata extensamente DARAPSKY en *Las Aguas Minerales de Chile*.

(2) Con amenas leyendas ha rodeado la tradición a estos prodigiosos balnearios, que entre el pueblo se conocen bajo el nombre de «Baños del padre Mascardi». (Véase FONK, *Diarios de Fray Menéndez*, pág. 215).

aguas minerales y que elegían y recomendaban a sus pacientes las que convenían en cada caso particular.

Resumiendo lo expuesto, se deduce finalmente de todos los relatos que hemos citado, que la ciencia médica de los hechiceros araucanos abarcaba preferentemente la cirugía y el conocimiento detallado de las plantas medicinales de la Araucanía, cuyos específicos y virtudes singulares hábilmente explotaban en la forma más variada para sus curaciones, sin olvidar que hacían uso de las fuentes y aguas minerales. Sin embargo, no alcanzaban a comprender completamente la causa y el origen de las enfermedades, ignorando por cierto su verdadera naturaleza, y menos todavía sabían apreciar los síntomas.

Falta todavía hablar detenidamente de la *práctica médica* de los Machis; porque de este modo pronto echaremos de ver, si su ciencia y método se basaba sobre convicción científica, o si no era otra cosa que sugestión y magia. Del tratamiento de heridas, de la sangría (1) etc.,

(1) No será superfluo citar también la descripción original que Nájera da de la sangría. «Ságranse con una delgada punta de pedernal ingerida en la extremidad de una varilla, de suerte que sale la punta de un lado, y el contrario extremo de la varilla toman en la mano del desnudo brazo de que se han de sangrar, de manera medida, que venga a ajustarse la punta del pedernal sobre la vena que ha de romper, y asegurada de tal manera, dan con la otra mano un papirote sobre el pedernal con que abre la vena y destila el hilo de la sangre sin dificultad, ni más cuentas de onzas, de esperar, cada uno a cuanto le parece que basta para la indisposición que siente, habiendo advertido ante todas cosas en atarse con cinta el brazo por la parte que nosotros acostumbramos, y sangrándose sin cuenta ni conocimiento de venas en el mismo lugar que los nuestros». (NÁJERA, pág. 49). Cox, que presenció la «bárbara ceremonia» de la sangría, hace la interesante observación, que el indio, después de haber sido sangrado, «echóse tierra en la herida» (Cox, pág. 184).

ya hemos hablado; llamaban *Machitún* la curación que de la manera más típica rodeaban de un carácter místico y supersticioso. Una descripción clásica y detallada de este acto pomposo nos da el ya citado Núñez de Pineda: «Acabamos de comer y tratamos de ir al rancho a curar al enfermo: esto era ya sobre tarde, y en el ínterin que fueron por algunos adherentes de ramos de canelo, por un carnero, cántaros y ollas, fué acercándose la noche, con la cual se juntaron las indias y los indios vecinos, parientes y parientas del enfermo. Llegó la hora de que fuésemos todos al rancho del enfermo, que por no dejarme solo, me llevó el cacique en su compañía, habiendo preguntado al curandero *mache* si estorbaría mi asistencia a sus ceremonias y encantos, a que respondió que no, que bien podía asistir en un rincón de la casa. Entramos ya de noche al sacrificio de el carnero, que ofrecían al demonio; tenían en medio muchas luces, y en un rincón del rancho al enfermo, entre clara y obscura aquella parte, rodeado de muchas indias con sus tamborilejos pequeños, cantando una lastimosa y triste tonada con las voces muy delicadas; y los indios no cantaban, porque sus voces gruesas debían de ser contrarias al encanto. Estaba cerca de la cabecera del enfermo un carnero liado de pies y manos, y entre unas ramas frondosas de laureles tenían puesto un ramo de canelo grande a modo de mesa una *quita* de tabaco encendida, de la cual a ratos sacaba él humo de ella, y esparcía por entre las ramas y por donde el doliente y la música asistía. A todo esto las indias cantaban lastimosamente, y yo, con el muchacho mi camarada, en un rincón algo obscuro, de adonde con toda atención estuve a todas las ceremonias del hechicero. Los indios y el cacique estaban en medio de la casa asentados en rue-

da, cabizbajos, pensativos y tristes, sin hablar ninguno una palabra. Al cabo de haber incensado las ramas tres veces, y al carnero otras tantas, que le tenía arrimado al banco que debía de servir como altar de su sacrificio, se encaminó para donde estaba el enfermo, y le hizo descubrir el pecho y estómago, habiendo callado las cantoras, y con la mano llegó a tentarle y sahumarle con el humo de la *quita*, que traía en la boca de ordinario; con esto le tapó con una mantichuela el estómago, y se volvió donde estaba el carnero, y mandó que volviesen a cantar otra diferente tonada, más triste y confusa, y, allegando al carnero, sacó un cuchillo y le abrió por medio, y sacó el corazón vivo, y palpitando le clavó en medio del canelo en una ramita, que para el propósito había poco antes ahusado, y luego cogió la *quita* y empezó a sahumar el corazón, que aun vivo se mostraba, y a ratos le chupaba con la boca la sangre que despedía. Después de esto sahumó toda la casa con el tabaco que de la boca echaba el humo; llegóse luego al doliente, y con el propio cuchillo que había abierto al carnero, le abrió el pecho, que patentemente se parecían los hígados y tripas, y los chupaba con la boca; y todos juzgaban que con aquella acción echaba afuera el mal y le arrancaba de el estómago; y todas las indias cantando tristemente, y las hijas y mujeres del paciente llorando a la redonda y suspirando. Volvió a hacer que cerraba las heridas, que a mi ver parecieron apariencias del demonio, y cubrióle el pecho nuevamente, y de allí volvió a donde el corazón del carnero estaba atravesado, haciendo enfrente dél nuevas ceremonias, y entre ellas fué descolgar el tamboril que pendiente estaba del canelo, e ir a cantar con las indias, él parado dando algunos paseos, y las mujeres asentadas como de antes. Ha-

biendo dado tres o cuatro vueltas de esta suerte, vimos de repente levantarse de entre las ramas una neblina obscura a modo de humareda, que las cubrió de suerte que nos las quitó de la vista por un rato, y al instante cayó el encantador en el suelo como muerto, dando saltos el cuerpo para arriba, como si fuese una pelota, y el tamboril a su lado de la misma suerte saltando a imitación del dueño, que me causó grande horror y encogimiento, obligándome a encomendar a Dios, que hasta entonces había estado en notable cuidado a todas sus acciones, y luego que vi aquel horrible espectáculo, tendido en aquel suelo, y el tamboril saltando solo juntamente con el dueño, se me angustió el alma y se me erizaron los cabellos, y tuve por muy cierto que el demonio se había apoderado de su cuerpo. Callaron las cantoras, y cesaron los tamboriles, y sosegóse el endemoniado, pero de manera el rostro que parecía el mismo Lucifer, con los ojos en blanco y vueltos al colodrillo, con una figura horrenda y espantosa. Estando de esta suerte, le preguntaron que si sanaría el enfermo, a que respondió que sí, aunque sería tarde, porque la enfermedad era grave y el bocado se había apoderado de aquel cuerpo de manera que faltaba muy poco para que la ponzoña llegase al corazón y le quitase la vida. Volvieron a preguntarle, que en qué ocasión se le dieron, quién y cómo, y dijo, que en una borrachera, un enemigo suyo con quién había tenido algunas diferencias, y no quiso nombrar la persona, aunque se lo preguntaron, y esto fué con una voz tan delicada, que parecía salir de alguna flauta. Con esto volvieron a cantar las mujeres sus tonadas tristes, y dentro de un buen rato fué volviendo en sí el hechicero, y se levantó cogiendo el tamboril de su lado, y lo volvió a colgar

adonde estaba de antes, y fué a la mesa adonde estaba la *quita* de tabaco encendida, y cogió humo con la boca, e incensó o ahumó las ramas (por mejor decir) y el palo adonde el corazón del carnero había estado clavado, que no supimos qué se hizo, porque no se le vimos sacar ni pareció más, que infaliblemente lo debió de esconder el curandero, o llevarlo el demonio, como ellos dan a entender, que se lo come; después de esto se acostó entre las ramas del canelo a dormir y descansar, y de aquella suerte lo dejaron, y nosotros nos fuimos a nuestra habitación con el cacique». (*Cautiverio feliz*, p. 159-161).

Más abajo agrega el mismo autor: «Hay otros curanderos que hacen algunas ceremonias fingidas chupando al enfermo el estómago, y escupiendo sangre de la boca, dando a entender que se la sacan de adentro del pecho, y para esto dicen que suelen sajarse la lengua o picarse las encías, para hacer estas demostraciones; y éstos verdaderamente no tienen pacto con el espíritu malo, como los otros que llaman *huyes*, que son nefandos, como queda dicho, y éstos son los que causan mayor pavor y espanto». (*Cautiverio feliz*, p. 164). Concuerdan estas noticias con las que leemos en la Historia de Rosales, quien dice: «Los hechiceros curan los enfermos, que siempre dicen que lo están de bocado (1), y para sacársele hacen sus invocaciones al demonio, clavan en el suelo un árbol de canelo, donde se les aparece, después de haberle llamado incensándole con

(1) «Los españoles decían *bocado* por el veneno que se administraba a alguien en la comida. Así refieren del presidente Muxica, que murió en 1649, después de haber comido una ensalada en que se sospechó le pusieron un tósigo, que *murió de bocado*».

bocanadas de tabaco. Pregúntanle por la enfermedad y el remedio con que ha de sanar el enfermo, y, como el demonio les persuade que la enfermedad es bocado que otro le dió, para que trate de vengarse de él, trata luego el hechicero de sacársele. Y, tendiendo al enfermo boca arriba, cantan todos y él hace sus invocaciones y le unta el estómago con unas yerbas, y con un cuchillo se le abre aparentemente, de modo que todos ven las tripas, el hígado y los bofes. Y allí le busca el mal y el bocado, y suele llevar escondido algún gusano, lombriz o cola de lagartija. Y hace que la saca de las entrañas y que ya le ha sacado el bocado y la enfermedad, y le vuelve a cerrar la herida sin que quede señal ninguna. Y con estas apariencias de el demonio e ilusiones de la vista están todos admirados y el médico queda con grande opinión de sabio y gana con el oficio, porque de todas partes le llaman y le pagan con gran liberalidad... Y el hechicero finge y hace apariencia de que le saca (al enfermo) de el corazón un palito o de la parte dolorida, con que le ha sanado. Y como la enfermedad es muy diferente y natural, si muere de ella por no haberle aplicado medicina ninguna (que es lo ordinario), se excusa el médico con decir que ya él le sacó el bocado o la flecha, que si después le tiraron otra y no le avisaron que era fuerza que había de morir.—En estos embustes e ignorancias se funda la ciencia que aprenden estos médicos». (Rosales I, p. 169). También Gómez de Vidaurre da una descripción sumaria de esta función y dice: «Si ellos (los Machis) ven que con cuanto han usado, el enfermo no mejora sino que va a morir, comienzan a usar de términos muy ambiguos y a mover las mujeres, padres o hijos del enfermo, a un sacrificio que lleva, entre

ellos, el nombre de *Machitún* (1), por medio del cual creen descubrir el mal. Determinanse ordinariamente a él y se convidan algunos para que se hallen presentes. El *Machi*, que se puede decir hace también en esto de sacerdote, juntos todos, pone en el sitio que más le agrada una rama de canelo, abre por medio una oveja, sácale el corazón, le chupa la sangre y con ella rocía al enfermo; después finge ponerlo entre la rama de canelo, vuelve inmediatamente al enfermo, lo mira con gesto horrible, finge abrirle el pecho para observarle el corazón, y artificiosamente le acomoda sobre su pecho aquel de la oveja. Entre tanto, las mujeres que se hallan presentes entonan un canto, el más lúgubre que se pueda oír. El *Machi* inciesa con humo de tabaco el ramo de canelo hacia las cuatro partes del mundo, y todo muy pausado para dar lugar a que acaben con su tristísima canción las mujeres. De aquí, tomando él su tamboril, suena un rato como para descanso de las mujeres, las cuales entonan otro canto aun más lúgubre que el primero, con lo que, fingiéndose que le viene el espíritu, se deja caer en tierra, da saltos terribles y ciertos movimientos y gestos, con que infunde el horror y espanto en todos los circunstantes; da un silbo, que parece sale de una caverna, con el que suspenden el canto las mujeres y él comienza a exponer el origen, progresos y consecuencias de la enfermedad, todo con términos ambiguos para no ser cogido en falsedad. No pocas veces son por él culpados los enemigos del enfermo. En esto, mientras los hombres rodean al enfermo a observar casi en

(1) El *Machitún* no es sólo el sacrificio, como lo indica GÓMEZ, sino toda la curación ceremoniosa del *Machi*—resp la *Machi*—en la cual sin duda alguna, el sacrificio desempeña un papel importante.

medio de las tinieblas su corazón, para confrontar lo que ven con lo que dice el Machi, el enfermo, entre tanto, invoca al dios *Meulen*, u otro por él, si no está en estado de hacerlo, como es lo común. Cuando ha dicho todo, el Machi muda de tono, y las mujeres empiezan otro menos triste, con lo que él se alza de tierra, inciensa de nuevo el ramo a las cuatro partes del globo y vuelve al enfermo a deshacer su ficción. A más de ser éste un sacrificio imprecatorio, tiene fatalísimas consecuencias». (Gómez de Vidaurre, t. I, p. 318-319). (2).

Necesariamente se llega a la conclusión de que la tendencia principal de los Machis tenía por objeto inmediato influir por medio de sugestión en la fantasía del enfermo y de los presentes; si se trataba de una enfermedad leve o de los nervios, esta sugestión debía mejorar el estado actual del paciente, y en caso de una enfermedad grave, insinuaba a lo menos un alivio o mejoramiento a la inteligencia limitada e impresionable que a ciegas confiaba en el poder sobrenatural de los hechiceros. Por consi-

(2) También los araucanos de nuestros días tienen confianza ciega en los éxitos felices del *Machitún*. ROBLES RODRÍGUEZ nos relata: «El padre de la Machi,... inválido como lo veíamos, había sido en sus mocedades hombre muy ágil y gran jugador de chueca y tan diestro que el partido que lo contó entre sus campeones, se llevaba siempre la victoria. La desgracia lo puso ciego, pero esperaba en el *ñeicurehuen*: (baile de Machis) pedir a Dios le devolviera la vista y atribuía a un mal viento, al Maulen, la causa de su infortunio...». Estaban para empezar un *Machitún* «y la Machi nos dijo que la ceremonia tendría por objeto adiestrarla en su oficio en el cual estaba algo atrasada, y para cuyo fin había solicitado el concurso de cuatro de sus colegas; además, se sentía enfermo y estimaba que sólo la celebración *ñeicurehuen* le devolviera la salud» (pág. 9). A continuación sigue una relación detallada del *Machitún*, como lo practican hasta hoy día aún las Machis-sacerdotisas. (ROBLES RODRÍGUEZ, pág. 9 pp.).

guiente, era indispensable todo aquel aparato ceremonioso de danzas, contorsiones y extravagancias, para subyugar la fantasía de los presentes y conseguir efectos por sugestión, después de haber ofuscado igualmente su criterio sano y juicio reflexivo. Si volvían a aparecer los dolores, el Machi se escabullía con el pretexto de que había sobrevenido una nueva infección; y ¿quién negaría que la inteligencia torpe y de poca penetración del hombre primitivo admite cualquiera explicación misteriosa y preternatural con mayor facilidad que la verdadera causa lógica del mal que aqueja al enfermo? (1). Que es difícil descubrir el verdadero origen de muchas enfermedades, nos lo demuestra claramente la observación de que la medicina moderna recientemente en los últimos decenios reconocía la acción de los microorganismos en nuestro cuerpo.

No es extraño, pues, que a los médicos araucanos les faltasen las nociones más fundamentales sobre las enfer-

(1) No contaban entre las posibilidades que a uno pueden sobrevenir, la muerte natural; siempre suponían un envenenamiento o un suceso fatal. «Antes de llevarlo (el cadáver) al sepulcro, el machi, estando los parientes en contorno, lo desnuda, lo lava y registra diligentemente para descubrir en él alguna señal del veneno, porque estos médicos maliciosos e ignorantes, atribuyen a maléficu cuasi todas las enfermedades. Si por alguna casualidad descubre alguna cicatriz de herida vieja, o señal que haya dejado alguna contusión que en lo pasado hubiese sufrido el muerto, lo que es moralmente cierto encontrar entre estos indios, afirma haber entrado por aquella parte el veneno que le dieron; abre el cadáver, saca de él el corazón y pretende ver en él las señales e indicios evidentes de esto que asegura». (GÓMEZ, p. 321).

Esta cita habla claramente en favor de nuestra opinión, arriba manifestada, que no se debe separar de la clase de los Machis otra clase de patólogo-anatomistas.

medades internas; y, como no sabían localizar el mal en la parte afectada, aplicaban al azar plantas medicinales y drogas; y si esto no surtía efecto, les quedaba como último subterfugio el *Machitún*, que consistía, como sabemos, en ciertas manipulaciones destinadas a hacer arrojar a la persona doliente (enfermo) algún cuerpo maligno o veneno extraño. Teniendo el enfermo con qué pagar, se reunían varios Machis para esta función, no con el fin de concertar un proceder unánime, sino para meter más ruido y alboroto y para acentuar la parte cómica: y después de haber hecho su Agosto, volvían a sus *rucas*. Era el *Machitún* para los araucanos la ceremonia más seria, de cuyo éxito dependía la vida o la muerte; a la vez también el postrero y más decisivo recurso del repertorio médico de los hechiceros (1).

Así podemos aplicar también a nuestros indígenas lo que se observa como regla general en la medicina de pueblos inferiores en cuanto que «en su diagnosis y curación predominan elementos supersticiosos; ora se supone a hombres malévolos quienes por magia acarrear las enfermedades, ora son los siniestros demonios de enfermedad a quienes se echa la culpa... Además, es muy común la

(1) A la verdad sin interrupción ninguna se ha practicado el Machitún entre nuestros indígenas, como lo prueban los relatos tanto de los más antiguos cuanto de los más modernos escritores, a pesar de que el procedimiento de los machis con el tiempo ha ido variando en los detalles.—Luis de la Cruz en su «Tratado importante» refiere una curiosa operación de los Pehuenches, una especie de laparotomía que llaman *Catatún*: «Si el dolor es interno se hacen abrir por el vacío, le sacan un pedazo del hígado que se lo come el enfermo, después cosen la herida con hilados de lana teñidos con rebún; y muchos de los que sufren esta operación bárbara sanan». Y en caso que también estas diligencias quedan insuficientes, proceden al machitún.

creencia de que los dolores y padecimientos físicos son originados por cuerpos extraños que fueron introducidos por encanto; de manera que la destreza y la habilidad de los hechiceros culmina en extraer los objetos maléficos por succión supeditada por conjuros... En el caso de supuesta presencia de demonios, procuran ahuyentar a estos espíritus malignos por medio de griterías, danzas, amenazas o también alejarlos con halagos» (Schurtz p. 538) (1).

P. MARTÍN GUSINDE.

(1) Recomendamos para la comparación de la práctica médica de nuestros indígenas con las costumbres análogas de otros pueblos primitivos el compendio muy completo de Bartels: «Medizin der Naturvölker». Griebens-Leipzig, 1893.

